



Boca de Gin

Por Eduardo Anguita

A la edad de 17 años, en la época en que contábamos con esa juventud y con el idealismo que algunos adolescentes ponían en sus virtudes, manejábamos lo que llamamos eros en el filo de una orilla que deslindaba con la vida, por una parte, y con un placer que emanaba de la castidad, por otra. Pronto, sin embargo, se rompió aquel mundo, y a los 18 ya éramos muy distintos.

El amor no se nos había dado, antes de los 17, sino como breves instantes inasibles y privilegiados, en el umbral del juego erótico. Cuando quise tocarlo, se hizo niebla.

Una noche conocí a una muchacha. Tenía la mirada de la pureza, de la impaciencia, de la juventud. El adolescente de que hablo era yo, aquel yo de entonces, que frecuentaba los sacramentos y, en ese día, acababa de confesarse para comulgar al siguiente. Con ella y otro amigo, partimos en automóvil. Era el frío, frío septiembre. La noche glacial sostenía una luna helada, la luna olor a gin, olor a boca fresca, a fruta en el ramaje. Era impaciente y apasionada, era bella. Y habíamos bebido gin. El frío íntimo de ese alcohol nervioso me trasminaba las manos. Ella nos miraba, a los dos amigos, confiada y asombrada; no sé de qué. La atmósfera parecía algo que podía trizarse en cualquier momento: esa era la sensación en que sentíamos estar, y al quebrarse ocurrirían otras palabras, otras cosas. Era un límite de edad cristalizado en un momento de fugacidad trascendente. No sé por qué se me ocurrió recitarle unos versos del *Inferno* que yo tenía a medio escribir. Ya habíamos bajado del automóvil y nos hallábamos en una especie de invernadero, cercano

a los faldeos de la cordillera. Como una joven musa en busca de Apolo, se levantó de su asiento hacia un rincón de la cabaña, y con indignada turbación me interpeló: "¿Qué has hecho esos infelices para que así los condenes?". Cuando el personaje central del poema les pregunta eso mismo, ellos, anonadados, absorben en un dolor que no comprenden, nada pueden recordar. ¡Recordar sus pecados, ah, eso sería un consuelo!

"Ved a los condenados lo tristes que quedaron. / Tan miserables como son, ellos, también necesitan. / De un pequeñito sitio para vivir. / Sólo el fuego del ser los está devorando. / Mas la luz del estar allí no alumbra". . . . (. . .) / "Ved a los pobrecitos / Que sufren y no están. / Queriendo arrepentirse y no pudiendo. / Ni sus pecados recordar!". . . . "Vedlos, pegados unos a otros como dibujos. / Entonces tan soberbios y ahora tan menguados. / ¡Odiosos! ¡Qué son ahora! / *(Instrumentos de percusión en ritmo monótono)* / ¡¡Cuchicheos!! . . . / Nunca creí que en una llama hubiera. / Tantas imágenes arrojando una sombra"

Y así, en masa informe, agolpados como una ola de cienaga, mezclados, líquidos, indiferenciados, cada condenado intenta recomponer su rostro, aunque fuese su rostro pecador; pero mientras más pechan, mayor es la confusión, mayor el caos, más imposible el recuerdo. Sus pecados, olvidados, pero no perdonados; perdidos, pero no redimidos. "A nadie puedo distinguir. / En un tumulto de agua ciega. / Mudos conjuntos invisibles. / Chapotean. / Y cada onda trae de ellos sólo espejura indiferente. / Rabiosa, ardiente, pero rostros líquidos. / En donde

cuando un rasgo puede comenzar a insinuarse. / Vienen los otros y pechando en la cienaga. / Todo se deshace. / Retire la mirada, porque mi propio llanto aún más los anega. / Y así les impedia decirme lo que quieren. / Comprendí su terrible condena. / Y comprendí que comprendiéndola, mi dolor la acrecía. / ¡Qué puede mi piedad sino agravar su estado! / Mis lágrimas cayendo, aún más los confundía. / No llores tú por ellos, porque si lloras haces. / Como el amor del Padre, que al llorar los castiga."

Así se explica, aclaré a la muchacha, que el amor —en este único caso—, en vez de mitigar el sufrimiento, "coopera a la sentencia. / Y agudiza la pena". Ella nuevamente se levantó, decidida a dar unos pasos, como si fuera a romper la situación desdichada. Protestó, con sus ojos azules. En el mágico invernadero, todavía bebimos más gin. Salimos. Un breve instante, ya otra vez en el auto, instante que traté de prolongar sin violar el límite, tomé su mano húmeda de ginebra. El automóvil corría velozmente bajo la luna de ginebra. Por un momento muy breve, alcancé a disfrutar de su mano, de su piel, de su cuello, sin herir mi alma por ningún deseo físico. Dilaté el momento, queriendo gozar todavía del contacto puro, libre e inocente, como me imaginé que podía hacerlo el primer hombre. Me enamoré entonces de ese objeto de mi amor que mi amor manchaba. Luego caí: desee, sufrí. Identifiqué a aquella joven con el objeto puro, con ese Mozart bellísimo al que yo no podría acceder sin desvirtuarlo y hollarlo: la Belleza objetiva, inasible, sobrehumana. "¡Oh pureza, pureza!", escribió una vez Rimbaud.

Boca de gin. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Boca de gin. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile